

CICLO DE ENCUENTROS “TRAYECTORIAS” Eduardo L. Menéndez

Entrevista realizada por
Agustín Barna, María Soledad Gesteira,
María Mercedes Hirsch y Maximiliano Rúa



Desde el año 2008, la Secretaría de Extensión Cultural del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina lleva adelante el *Ciclo de Encuentros “Trayectorias”*¹. En él se realizan entrevistas a antropólogos y antropólogas locales y regionales que recuperan, en primer lugar, su biografía y, a su vez, los sentidos construidos acerca de su práctica profesional. Uno de los objetivos principales de este ciclo es poder dejar registro de aquellas historias

¹ Son responsables del proyecto Soledad Torres Agüero, María Soledad Gesteira y María Mercedes Hirsch.

de vida que han contribuido al desarrollo de la antropología local y/o regional y, por otro lado, aportar a la reflexión sobre la práctica profesional situada de la disciplina.

Actualmente las entrevistas realizadas están disponibles en la página web del Colegio de Graduados². En este número, hemos incorporado la entrevista realizada a Eduardo L. Menéndez³ durante el mes de diciembre de 2011, en la ciudad de Buenos Aires, por Mercedes Hirsch, Maximiliano Rúa, Agustín Barna y Soledad Gesteira.

Eduardo Luis Menéndez es argentino, nació en 9 de Julio, provincia de Buenos Aires. Fue uno de los primeros graduados en la Licenciatura en Antropología de la Universidad de Buenos Aires (1963). Obtuvo la maestría en Salud Pública en México, y realizó su formación doctoral en la UBA. Se desempeñó como director del Departamento de Ciencias Antropológicas de la Universidad de la Provincia de Buenos (Mar del Plata). Desde 1976 reside en México D.F, donde ha llevado adelante una vasta tarea como docente e investigador. Actualmente se desempeña como profesor/investigador en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y es Doctor Honoris Causa por la Universitat Rovira i Virgili (Barcelona, 2009). Ha realizado una extensa actividad como investigador, fundamentalmente sobre temáticas referidas a la antropología médica. También ha dirigido numerosas tesis de licenciatura y, sobre todo, de posgrado. A partir de sus investigaciones ha publicado numerosos artículos, capítulos de libros, así como varios libros entre los que destacan *Cura y control: La apropiación de lo social por la práctica psiquiátrica* (1979); *Poder, estratificación y salud* (1981); *Morir de alcohol. Saber y hegemonía médica* (1990); *Antropología médica: Orientaciones, desigualdades y transacciones* (1990); *Antropología del alcoholismo en México. Los límites culturales de la economía política* (1991); *De algunos alcoholismos y algunos saberes* (1996), *La parte negada de la cultura* (2003, 2012); *De sujetos saberes y estructuras. Introducción al enfoque relacional en el estudio de la salud colectiva* (2009), *Participación social: Metodología, Problemas y Expectativas* (1999). Asimismo, ha sido distinguido en numerosos congresos y reuniones científicas por su amplia trayectoria como antropólogo.

Eduardo L. Menéndez: Nací en un pueblo de la provincia de Buenos Aires que se llama 9 de Julio. Está a unos 300 kilómetros de Buenos Aires, entre Chivilcoy y Trenquelauquen. Nací allí por una simple razón: mi madre, que era hija de calabreses, había nacido en 9 de Julio y quiso que yo también naciera allí. Mi papá era asturiano, de una ciudad llamada Trubia, más concretamente de un pueblito llamado Perlín, cerca de Trubia, el cual está a unos 15 km de Oviedo. No creo que 9 de Julio haya tenido mucho que ver con lo que yo después fui;

² <http://www.cga.org.ar/trayectorias>.

³ La transcripción de la entrevista audiovisual fue corregida por María Soledad Gesteira. Asimismo, la corrección fue supervisada y aprobada por Eduardo L. Menéndez, quien realizó modificaciones, aclaraciones y agregados en función de fomentar la legibilidad del relato. De este modo, el presente texto encuentra diferencias con la entrevista en su versión audiovisual.

pero las que sí me marcaron fueron mis experiencias de infancia de clase baja, dado que mi padre era obrero, y durante mi infancia viví en tres barrios de Buenos Aires, y todos fueron barrios de clase baja. No obstante, el barrio con el cual estoy más identificado, y en el cual viví entre los 3 meses y los 9 años, no tenía nombre propio. Le decíamos "el barrio de la algodónera", porque cerca de Dorrego y Rivera había una gran fábrica textil que dominaba todo el barrio, y que todos llamábamos así. Detrás de "la algodónera" estaba el molino Minetti y, un poco más allá, unos terrenos que se anegaban y que les decíamos "la curva", y donde íbamos a juntar renacuajos después de la lluvia o a jugar al fútbol los fines de semana. Por lo menos, esa es *mi* geografía del barrio en que me crié, aunque no sé si corresponde a la realidad

Yo vivía en Andrés Arguibel (Emilio Ravignani) 1243, a media cuadra de Rivera (Av. Córdoba), que era una zona situada entre Villa Crespo, Chacarita y Colegiales. Cuando tenía cuatro años, el Maldonado estaba todavía abierto, y lo recuerdo muy ancho y profundo, pero debe ser parte de mis distorsionadas imágenes infantiles. Bueno, en ese barrio crecí, ahí aprendí a jugar al fútbol, ahí aprendí a tener amigos. Desde los cuatro o cinco años, aprendí también a ir al cine con mis primos y amigos; de los dos "biógrafos" a los que íbamos todavía queda el cine Regio, que actualmente es parte del Centro Cultural San Martín, y al que nunca más volví, aunque todos los años me propongo visitarlo y, sobre todo, ir a ver algún espectáculo. Pero creo que no voy (y tal vez nunca iré) porque en ese viejo cine ya no pasan películas.

Hice la primaria en tres escuelas distintas; el nacional lo cursé en el Mariano Moreno hasta tercer año, mientras que cuarto y quinto lo hice de noche en un colegio que quedaba en la calle Bartolomé Mitre y que no me acuerdo de cómo se llamaba. Ambos colegios tuvieron que ver no sólo con mi formación educativa formal, sino con otros aspectos importantes de mi vida. Los dos colegios estaban fuertemente politizados y, sobre todo en la escuela nocturna, las discusiones en torno al peronismo y al "comunismo" eran constantes y radicalizadas.

A su vez, en el Mariano Moreno tuve un fuerte impacto, digamos, cultural, ya que conviví durante tres años con compañeros de origen judío, algunos de los cuales se convirtieron en mis mejores amigos. Subrayo esto, porque tanto en mi barrio como durante mi escolaridad primaria, si bien la totalidad de mis amigos y compañeros eran hijos de inmigrantes, ya sea extranjeros o criollos, nunca había tenido compañeros de origen judío. Y, en el Colegio Nacional Mariano Moreno, entre el 40% y 45% de mis compañeros, eran chicos de origen judío. Si bien a nivel familiar y barrial no recuerdo la existencia de hechos y actitudes estigmatizantes (por usar una palabra más o menos elegante), sin embargo mi experiencia con el antisemitismo emergió justamente en el Mariano Moreno.

Entrevistadores: ¿De qué año estamos hablando y a qué te referís?

E.L.M.: Estoy hablando de los años 47-49, y me refiero sobre todo a un profesor de literatura llamado Valle, que era un brillante profesor, pero también un consumado antisemita. Todavía me acuerdo de que cuando pasaba lista, a los compañeros que tenían apellido judío les preguntaba: "¿Judío?". Y esto era

desgraciadamente “aceptado” por todos, es decir, constituía un hecho realmente jodido pero normalizado socialmente.

Fue en este contexto donde tuve mis primeras experiencias “políticas”, ya que participé en varias huelgas estudiantiles, que inclusive implicaron la renuncia de un rector apellidado (creo) Desrés. Como ya les señalé, era un colegio muy politizado, pero al mismo tiempo era un colegio donde aprendí bastante, y no sólo porque tuve varios buenos profesores, sino porque casi desde el principio se formaron grupos en los cuales no sólo hablábamos de fútbol y de natación (el Moreno ganaba inevitablemente todos los campeonatos de natación estudiantil), sino que hablábamos de literatura, de cine, de política.

La dimensión política estuvo muy presente en mi infancia; mi padre era socialista y de chico me hablaba de Largo Caballero y de Marcelino Domingo, y en el barrio vivían activistas obreros socialistas y anarquistas. Todavía me acuerdo de Don Nicolás quien era un dirigente del gremio de la construcción de origen entrerriano al que todos respetaban en el barrio y que murió relativamente joven a consecuencia de un accidente de trabajo. De hecho, fue la primera persona que no sólo vi muerta, sino respecto de la cual participé en los rituales mortuorios, es decir, estuve en el velorio, y besé la frente del muerto, lo cual era una norma en aquellos años. Es en estas experiencias infantiles que fui viviendo (que no observando) cómo una gran parte de estas familias obreras se fueron convirtiendo en peronistas.

Como les dije, ambos colegios eran muy estimulantes en términos intelectuales y, es a partir de los intercambios de ideas y de mis propias inclinaciones, que desde muy temprano me planteé dedicarme a estudiar Historia; aunque creo que Alejandro Dumas padre y, más adelante, novelistas como A. de Vigny tuvieron mucho que ver con ello. Además, a partir de los quince o dieciséis años, comencé a escribir poesía y, junto con otros compañeros, comenzamos a vincularnos con grupos externos al colegio, y que también escribían. Y esto llevó a la conformación de un grupo que duró muchos años y en el cual todos escribíamos. Nos reuníamos al atardecer en varios cafés, aunque los dos que más frecuentamos fueron el Alsina (Entre Ríos y Alsina) y el Berna (Av.de Mayo frente a la plaza del Congreso). Entre los 18 y los 30 años escribí varios cuadernos de poesía, pero nunca publiqué nada, aunque si los “hablé” con algunxs de mis compañeras y compañeros de las carreras de Historia y de Antropología.

“La Historia de las Mentalidades
me marcó mucho”

E.L.M.: Concluido el nacional, me inscribo en la carrera de Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNBA; me inscribo y avanzo en la carrera durante un tiempo en forma un tanto desordenada, dado que lo que más me interesaba era escribir, además de ganarme la vida, ya que comencé a trabajar desde los quince años. En 1955 me toca hacer el servicio militar en Campo de Mayo y, por contactos familiares, logro luego de los tres primeros meses comenzar a salir prácticamente todas las tardes. Pero 1955 es el año de la llamada “Revolución

Libertadora", que generó graves problemas a nivel macrosocial y un pequeño problema a nivel personal, dado que durante seis o siete meses no pude (no pudimos) salir de Campo de Mayo. Si bien la Libertadora interfirió en mis pequeños objetivos cotidianos, creo que la permanencia en el cuartel durante varios meses, sin salidas de ningún tipo, fue muy educativa, y creo que aprendí bastantes cosas. Por supuesto, no las que los "sardos" nos decían que íbamos a aprender en nuestra estadía en las "filas", ya que, según ellos, "nos íbamos a hacer hombrecitos", sino que aprendí, sobre todo, aspectos que tienen que ver con el poder, aparentemente arbitrario, de la autoridad para tratar de degradar y subordinar a los sujetos.

No obstante, durante dicho "encierro", yo sentía que perdía el tiempo como loco dentro del cuartel, realizando todos los días "orden cerrado" obligatoriamente y asistiendo a situaciones de humillación infligidas por los suboficiales, especialmente sobre algunos compañeros. Durante toda mi vida he recordado siempre dos hechos: en el primero, me veo a mí y a mis compañeros de "colimba" haciendo orden cerrado durante varias horas, hasta que un Cabo Primero consideró que un "soldadito" no estaba haciendo bien las cosas y lo obligó a dar vueltas y vueltas durante horas en un perímetro de unos cuatrocientos metros, hasta que un Sargento paró la acción. El recluta cayó como muerto cuando le dieron la orden de "descanso" y, junto con otro compañero, lo ayudamos a levantarse; y después me enteré que a las pocas horas había muerto en el hospital de Campo de Mayo. La segunda fue aún más traumática: era domingo y llegó un Oficial que nos seleccionó a tres y nos llevó a la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral, donde un chico santiagueño que estaba cursando la carrera de Suboficial se había suicidado de un tiro en el pecho. Cuando llegamos, algunos familiares estaban demandando que el chico fuera velado en la capilla, pero el cura se opuso. Y fue allí que me enteré que los cristianos suicidas (y también los judíos y musulmanes) no pueden ser velados en espacios religiosos ni ser enterrados en camposanto. En ese momento implicó sobre todo una conmoción, que mucho más adelante me llevó a reflexionar sobre las relaciones inconscientes que construimos y aceptamos culturalmente y, de lo cual, el suicidio es una expresión paradigmática, no sólo de nuestros sometimientos y de nuestras estrategias de transgresión (por otra parte, legitimadas en las prácticas) de las normas dominantes, sino del peso del inconsciente cultural como articulador de contradicciones. Porque ocurre que, en nuestras sociedades, si un tipo perteneciente a alguna de las tres religiones nombradas se suicida, no puede ser enterrado en camposanto, mientras que un asesino, inclusive un asesino serial, no tiene ningún problema. A partir de esta supuesta contradicción he reflexionado constantemente en mis cursos y he escrito bastantes páginas sobre lo que expresan las normatividades del suicidio, y especialmente la articulación suicidio/homicidio, pero sin decidirme a publicar hasta ahora nada sobre ello.

Bueno, terminada la conscripción retomo mis estudios de Historia, aunque todavía en forma desordenada, dado que para mí tenía mucha más importancia el grupo con el cual compartía discusiones más o menos literarias todas las noches en el Berna, y en el cual convivíamos novelistas, pintores, poetas y algunos jóvenes, que, como yo, intentaban escribir. De los pintores

recuerdo a dos: uno que tenía mi misma edad y que se convirtió en un gran amigo (y me refiero a Fredy Martínez Howard), así como a un pintor gallego sumamente callado que había venido a Argentina huyendo del franquismo. Se llamaba Laxeiro, y era no sólo callado sino muy modesto. Muchos años después, creo que, a mediados o fines de los 80, visité Santiago de Compostela a raíz de un congreso sobre antropología médica, donde justamente se estaba inaugurando el Museo de Arte Contemporáneo de esa ciudad con una retrospectiva de Laxeiro, quien es considerado el mejor pintor gallego contemporáneo. Todavía conservo dos retratos a lápiz que me hicieron Fredy y Laxeiro en distintos momentos.

Bueno, me reincorporo a la carrera de Historia y tengo la suerte de tener como “ayudante” a Reyna Pastor y es, a través de ella, que me vinculo más adelante con José Luis Romero, quien va a crear un Seminario de Historia de las Mentalidades, donde además de José Luis y de Reyna, estaban un profesor (Jaime Rest) de literatura Inglesa, que creo era el adjunto de Borges, así como otra profesora de literatura de la cual no recuerdo el nombre. Pero, además, participábamos tres “jóvenes promesas”: Analía Payró, Ernesto Laclau y yo. Conformamos un grupo de siete u ocho personas que nos reuníamos para leer y discutir cuestiones de Historia de las Mentalidades referidas, especialmente, al mundo medieval europeo y, sobre todo, a la “tardía Edad Media”; y pienso que dicho Seminario me marcó mucho. Inicialmente, no sabía que, por lo menos, determinadas orientaciones conceptuales de la Historia de las Mentalidades se basan en las propuestas de Durkheim, por supuesto que articuladas con otras corrientes teóricas. El concepto de ‘mentalidades’, por ejemplo, constituye una suerte de adaptación de los historiadores del concepto de “representación social”. Este seminario fue paralelo a mi introducción teórica al marxismo, y siempre he pensado que lo tratado en el mismo no sólo me condujo a utilizar el concepto de representación social, sino que sirvió para que tomara tempranamente distancia de un marxismo exclusivamente economicista, así como a incluir la cultura y la dimensión ideológica como partes centrales de la realidad a estudiar, por más económico-política que fuera.

Fue como alumno de la carrera de Historia que me encontré (o mejor dicho: varios alumnos de Historia nos encontramos) con la Antropología. Creo que estábamos cursando tercer o cuarto año y nos tocaba Introducción a la Antropología, que daba brillantemente un profesor llamado Bórmida, quien con otros profesores estaba proponiendo la creación de la carrera de Antropología. Bórmida, además de ser un excelente profesor, daba una antropología de corte historicista, muy alejada no sólo del positivismo, sino de la fenomenología, a la cual adhirió muchos años después. El núcleo teórico-ideológico de sus cursos refería a Croce y, en segundo término, a Ernesto De Martino. Y fue ese historicismo y el eje en la cultura subalterna que proponía De Martino lo que nos atrajo (además de una cierta dosis de “exotismo”) a un grupo de alumnos, que comenzamos a conversar cada vez más con Bórmida, quien nos propuso adherirnos a la propuesta de creación de la carrera de Ciencias Antropológicas, la cual apoyamos activamente, pero sin tener ninguna participación en la elaboración de los planes de la nueva carrera. Dicho plan fue realizado exclusivamente por los profesores, aun cuando nosotros, en forma directa o a través de los grupos en los que participábamos en política estudiantil, lo

apoyamos a nivel del Consejo de la Facultad.

En realidad, fuimos unos pocos alumnos los que impulsamos la creación de nuestra carrera y, entre los que recuerdo, sobre todo Mirtha Lischetti, Carmen Muñoz, Marina Bosio y Celina Goldbar. Más adelante, se irán incluyendo otros compañeros, como Hugo Ratier, Blas Alberti, María Rosa Neufeld, Jorge Bracco, Miguel A. González, Carlos Herrán, Santiago Bilbao, Antonio Austral, Pablo Aznar, Edgardo Cordeu, Leopoldo Bartolomé y tantos otros compañeros con los cuales compartí proyectos, amistades, fiestas y broncas.

Paralelamente, en otras Universidades se desarrollaron también propuestas de creación de carreras de Ciencias Antropológicas, lo que dio lugar a tempranas reuniones entre alumnos de Córdoba, La Plata, Rosario y Buenos Aires, impulsadas sobre todo por Edgardo Garbulsky. Personalmente, con los compañeros que tuve (y sigo teniendo) mayor contacto es con los compañeros de la actual Universidad de Rosario, y por eso lamenté enormemente la muerte de Víctor Nuñez Regueiro a quien considero una especie de símbolo de esas reuniones y relaciones iniciales. Pero me interesa subrayar este temprano proceso, ya que, desde sus inicios, nos vinculó bastante fuertemente a gran parte de los alumnos que comenzábamos a dedicarnos a las ciencias antropológicas.

Ahora bien, cuando tenía 23 o 24 años, ocurrió un hecho que me alejó por varios meses de toda actividad, ya que tuve una tuberculosis broncopulmonar, que me obligó a estar varios meses en cama, y regresar a la Facultad después de casi un año. No obstante, luego de los primeros meses en que no podía hacer casi nada, comencé a leer en forma compulsiva dado que además no tenía nada que hacer. Y leí, en particular, mucho material antropológico, sociológico e histórico. Creo que gran parte de mi bagaje intelectual se lo debo a la tuberculosis.

“En términos teóricos empiezo a asumirme
como marxista poco después la laica-libre”

E.L.M.: Bueno, entonces entro a la facultad, hago parte de la carrera de Historia, luego me paso a Antropología y eso siempre en forma grupal, construyendo en la práctica amistades en torno a aspectos teóricos y, sobre todo fuertemente afectivos, que duran hasta la actualidad, como es el caso de Mirtha, de María Rosa, de Jorge o de Hugo. Un aspecto a subrayar es que la mayoría fuimos siempre “activistas”, pero además éramos gente muy estudiosa. Es decir, éramos estudiantitos muy aplicados (*sonríe*), éramos muy buenos alumnos. Todos tuvimos participación en el centro de estudiantes, varios fuimos representantes en el Departamento de Antropología o en el Consejo Académico de la Facultad, pero creo que gran parte del peso que tuvimos como grupo, ante los compañeros que se iban incorporando a la carrera e inclusive a la facultad, se dio porque simultáneamente éramos “activistas” y gente estudiosa.

Mi primera experiencia docente fue como ayudante de Antropología Física y, más adelante, como ayudante de Introducción a las Ciencias Antropológicas, de Etnología General y de otras materias. Simultáneamente a mi labor docente, paso a desempeñarme como ayudante de investigación en el Instituto de Antropología donde Bórmida dirigía un programa de investigación sobre la

Patagonia entre los siglos XVI y XIX. Era un trabajo basado en fuentes históricas y en investigaciones arqueológicas y, si bien era un trabajo que me gustaba, comencé a sentir que ese tipo de estudios no me atraía demasiado. Más aún, observaba un fuerte contraste entre lo que aprendíamos en Etnología, a través de la obra de de Martino y de otros autores, y lo que Bórmida, y por lo tanto yo en mi calidad de ayudante, estábamos estudiando.

Es importante consignar que no sólo la orientación teórica de la carrera sino la atracción hacia una antropología que aún no sabíamos bien qué era estaba depositada en Bórmida. Y subrayo esto porque en esos años conozco también a Esther Hermitte, quien trabajaba en el Museo Etnográfico, pero aparecía como muy marginal y sin participar en la creación de la nueva carrera. La conocí casi por casualidad a la entrada de la Biblioteca del Museo Etnográfico, y me acuerdo de que estuvimos conversando durante horas sentados en una banca que estaba justamente delante de la Biblioteca. Ella me comentó que estaba por irse a hacer su doctorado en la Universidad de Chicago, y al tiempo desapareció, y ya no la volví a ver sino hasta varios años después. Esther me cayó bien, y me habló de cosas que hubiera sido importante que impulsara en esos momentos en el Museo y en la Carrera.

E: ¿Ella había estudiado en el Museo con ustedes?

E.L.M.: No, Esther se había recibido hacía años en nuestra facultad y trabajaba en el Museo, pero no fue compañera de estudios ni profesora nuestra. Bueno, en mi proceso de aprendizaje ocurrieron dos o tres hechos que, por lo menos para mí, fueron muy importantes. Como ya señalé, sobre todo después de la laica-libre, me voy asumiendo como marxista, a partir de una formación previa fuertemente historicista, pero donde habían jugado papeles especiales no sólo Sartre y Nietzsche, sino también Ortega y Gasset. El “yo soy yo y mi circunstancia” de Ortega equivalía al situacionismo de Sartre, aunque por supuesto sin el “compromiso” al que Sartre daba prioridad. Bueno, me voy asumiendo como marxista, pero dentro de procesos que me distanciaban de ciertas orientaciones políticas marxistas que se jugaban en el movimiento estudiantil. De tal manera que, si bien yo no veía al peronismo como revolucionario, no podía entender cómo compañeros marxistas veían al peronismo como el enemigo, como distractor de la lucha de clases. Inclusive nunca pude ver a Perón como fascista, posiblemente por mi propia experiencia barrial y familiar de clase.

Estos procesos condujeron a incluirme en ciertas orientaciones, en algunos casos, más o menos políticas y en otras, básicamente teóricas. En el primer caso, nos llevó a desarrollar una línea dentro del movimiento estudiantil de nuestra facultad en la cual recuperábamos algunos aspectos del populismo dentro de una orientación marxista y que impulsamos, sobre todo, compañeros de Historia y de Antropología y, especialmente, Ernesto Laclau, Analía Payró, Blas Alberti y yo. En el segundo caso, me condujo a profundizar no sólo mis lecturas marxistas, sino a desarrollar una lectura permanente no sólo de los teóricos fascistas, sino de los procesos históricos y sociales desencadenados por el naziracismo. Desde esa época, he sido (y sigo siendo) un lector asiduo del fascismo; como dice mi mujer, si yo tuviera que dar clases tendría que ser de nazismo.

Y creo que tiene razón, porque además me puse a leer literatura fascista por dos razones complementarias: para tratar de entender si Perón y una parte del peronismo eran realmente fascistas, y para entender mejor el marxismo, ya que un profesor "progresista" me había dicho algo que me impactó allá por el tercer año de mi carrera: "Menéndez, si Ud. quiere entender realmente al marxismo, lea a los fascistas". Premisa metodológica que desde ese momento utilicé y que supone que la teoría a la que adherimos debemos profundizarla constantemente para confirmarla, y sobre todo necesitamos observar sus elementos más negativos y contradictorios, y por lo tanto debemos leer bibliografía (aunque sea de mala leche) que cuestione nuestras concepciones, así como consultar mucho menos bibliografía que (con una expresión mexicana) nos "apapache" en nuestras creencias teórico-ideológicas.

Pero además el fascismo, y sobre todo el nazismo alemán, y más allá de que sea la hijoputez (algunos, como Safransky, dirían que "el mal"), llevado a sus últimas consecuencias, intentó algo, que siempre me impresionó en tanto antropólogo, y es el tratar de convertir una ideología en cultura y no sólo a través de representaciones sociales o de discursos, sino sobre todo a través de prácticas sociales y culturales. El nazismo trató de convertir una ideología en cultura, pero no solamente cultura en términos de superestructura, como dirían los viejos marxistas, sino en términos de prácticas sociales. Es decir, tratar que la ideología nazi se convirtiera en la cultura normalizada de la población. Este proceso me sigue impresionando hasta la actualidad, y creo que algo escribí sobre ello en mi libro *La parte negada de la cultura*. Considero que no pueden entenderse las diferentes tendencias post de los años 70, 80 y 90, ni la permanente seducción ejercida por Heidegger o por Foucault, sino asumimos que el nazismo trató de construir la realidad a partir de su propio imaginario ideológico: a partir de impulsar, difundir, imponer un discurso que "constituyera" la realidad. Por más que gran parte de los intelectuales lo cuestionen, considero que no hay nada más seductor para la "intelligenzia" de casi todo tipo que observar cómo la realidad puede ser transformada a partir de ideas, de discursos, de narrativas. Lo cual, en cierta manera, explica por qué durante un tiempo (que por suerte está pasando) gran parte de los antropólogos se fueron convirtiendo en "narradores" invocando a Geertz y a sus camaradas de narración.

Bueno, quedamos en que yo fui adhiriendo/apropiándome del marxismo, pero este proceso será en gran medida paradójico, ya que comienzo a acercarme a la obra de Gramsci, autor que conocía de nombre pero que no tenía la más puta idea de cuáles eran sus propuestas porque no había leído nada de su obra. Y lo comienzo a conocer a través de los textos de Ernesto de Martino que nos recomendaba Bórmida. Es decir: un profesor de extracción fascista nos da bibliografía marxista. Este tipo de procesos no digo que me pasaron frecuentemente en la vida, pero sí varias veces y me condujeron a cuestionar fuertemente las polarizaciones y las miradas lineales, que nos conducen a simplificar la realidad. Bueno, estos y otros procesos van conformando una manera de observar, de pensar, de actuar la realidad que tiene que ver

con algunas cosas que señale en la conferencia de ayer⁴. A fines de los 50 y durante los 60, fui asumiendo el peso real de la estructura no para negar al sujeto, sino para reconocer las dificultades objetivas y subjetivas de todo proyecto de transformación. Comienzo a descubrir y a asumir que, al mismo tiempo que cuestiono, inclusive prácticamente, al sistema en que vivo, estoy sin embargo contribuyendo a la reproducción del orden dominante a partir de mis comportamientos, de las tareas cotidianas que realizo, y especialmente de las relaciones sociales, inclusive las más afectivas, que establezco. Porque la fuerza de la reproducción social está, en gran medida, en el hecho de que se genera y se desarrolla a través de comportamientos cotidianos grupales normalizados y también transgresores, y no sólo en términos individuales, sino sobre todo relacionales.

Este “descubrimiento” traté de aplicarlo (cuando pude) a mi vida, pero también traté de convertirlo en parte de mi metodología de trabajo antropológico. Traté de ver no sólo lo que yo hacía en mi vida cotidiana, sino también lo que hacían mis informantes, para observar, a través de lo que hacíamos, cómo reproducíamos el sistema en que vivíamos. Bueno, estos y otros aspectos teórico-metodológicos comienzo a desarrollarlos desde principios de los 60 y sin ningún afán de originalidad, ya que sabía que estaba “descubriendo la pólvora”, pero a través de apropiarme (es decir, hacerlo mío) de lo que descubría, lo cual constituye otro de mis “descubrimientos” metodológicos, y que sobre todo trabajé a través del concepto de “apropiación” que sigo utilizando hasta la actualidad. Pero estos aspectos frecuentemente no los desarrollé a través de materiales escritos, sino que, sobre todo, los desarrollé en mis clases. Y desde ya reconozco que mis clases, en los primeros años de mi tarea docente, deben haber sido casi galimatías para los compañeros que hacían sus trabajos prácticos conmigo. Porque yo no sólo impartía lo que estaba aprendiendo, sino también lo que trataba de reflexionar y, posiblemente, transmitiera más confusión que



claridad. Pero, pese a sus limitaciones, creo que ese "sistema educativo", según el cual comenzábamos a trabajar en docencia desde que éramos alumnos avanzados, establecía una suerte de carrera docente, que posibilitaba que aprendiéramos realmente a dar clases.

"Yo tuve la suerte de poder hacer experiencias
a partir de las cuales empecé a pensar
cómo se hacen las cosas"

Durante los 60 desarrollo mis primeros trabajos de investigación más o menos personales, donde sigue teniendo peso el trabajo con archivos. Y así realizo un estudio de la rayuela que se basó en materiales documentales, pero que también implicó trabajo de campo en dos escuelas, y que dio lugar a un artículo que se publicó en la revista del Instituto Nacional de Antropología, y cuyo marco teórico tiene todavía mucho que ver con las propuestas desarrolladas por Bórmida. Yo hice observación en dichas escuelas, pero sin un plan sistemático; lo hice sin tener mucha idea de cómo se hace observación, dado que en aquella época no teníamos materias que nos enseñaran metodologías ni técnicas de investigación. Esas las aprendía cada uno como podía. En mi caso, aprendí algunas técnicas en materias de psicología, así como a través de otras posibilidades, como fue la llegada de un antropólogo norteamericano muy importante, pero que nosotros no conocíamos ni siquiera de nombre. Me refiero a Ralph Beals, quien fue invitado por el departamento de Sociología a impartir cursos de antropología social. Era un antropólogo con una gran experiencia de trabajo de campo y que, en términos políticos, era un liberal en el sentido norteamericano del término, es decir, era un progresista, una especie de social demócrata. Era un hombre de unos 75 años, sumamente cordial, y que había escrito una suerte de clásico de los estudios de comunidad (y me refiero a Cheran), que es una descripción y análisis de un poblado mexicano localizado en Michoacán. Dado que iba a impartir un curso de antropología social, varios antropólogos nos presentamos a la selección de ayudantes docentes (en mi caso ayudante de primera) y es, a través de sus clases, que voy aprendiendo algunas de las técnicas más conocidas y, otras que desconocía. Y, de hecho, fue el primer antropólogo que realmente nos habló de técnicas (*sonríe*). Yo, por ejemplo, aprendí con él una técnica que apliqué una sola vez en mi vida aunque me fue muy útil, la apliqué en una comunidad entrerriana. Es muy sencilla, pero muy laboriosa, aunque permite obtener información importante. Consiste en usar el árbol genealógico de un informante no tanto para obtener la estructura de parentesco, sino sobre todo para obtener información sistemática de tipo económico-social y cultural en término de las dos, tres o cuatro generaciones que podemos reconstruir con nuestros informantes. Sigo considerando que es una de las técnicas más idóneas para estudiar la movilidad social, económica y cultural, así como la dispersión social de los sujetos, pero en términos relacionales.

Luego, durante 1963, me propongo desarrollar una investigación etnográfica sobre mapuches argentinos; formulo el proyecto y obtengo una

beca de iniciación del CONICET, y todo ello sin tener la menor idea de la lengua mapuche. Es decir que pensaba hacer un trabajo etnográfico sin tener un manejo mínimo de la lengua del grupo con el cual iba a trabajar. Pero, para suerte de los mapuches, me entero de que, dentro del gran proyecto sobre migración dirigido por Gino Germani, se va a desarrollar una serie de estudios antropológicos coordinados por Rubén Reina, quien formaba parte del Departamento de Antropología de la Universidad de Pensilvania y que tenía una gran experiencia de estudios de comunidades en Guatemala. Este investigador norteamericano convoca a que se presenten antropólogos para desarrollar una serie de estudios en comunidades entrerrianas y en Rosario, y del conjunto de personas presentadas quedamos tres antropólogos argentinos y dos norteamericanos. Cada uno elige una problemática y comunidad distinta, y yo decido estudiar la migración española e italiana en una comunidad de unos diez mil habitantes. Previamente al trabajo de campo tuvimos un seminario centrado en el estudio de comunidades, así como desarrollamos un diseño de investigación bastante difuso, ya que Reina, como buen culturalista norteamericano de aquellos tiempos, planteó líneas muy generales de lo que teníamos que hacer. Tal vez, lo que más rescato de sus propuestas es que teníamos que permanecer en la comunidad de estudio las 24 horas del día del tiempo que íbamos a permanecer en ella. Y yo, junto con mi mujer, estuvimos nueve meses en una comunidad, de la cual salimos una sola vez durante unos diez días. Aprendimos muy poco sobre diseño de proyecto, y aún menos sobre análisis de la información obtenida, pero su énfasis en la permanencia en la comunidad a estudiar sigue siendo la principal enseñanza que tuve durante el desarrollo de este proyecto. Después del Seminario recorrimos durante casi un mes varias ciudades y poblados entrerrianos, y elegimos con mi esposa (ella iba a trabajar con adolescentes) una comunidad de unos diez mil habitantes dedicada exclusivamente a la producción agrícola-ganadera y en la cual eran muy fuertes las comunidades de origen español e italiano. Trabajé con informantes de ambas comunidades, pero sobre todo con españoles y descendientes de españoles, y el trabajo llegó a una conclusión obvia: los sectores sociales dominantes en términos económicos y políticos eran, casi en su totalidad, de origen italiano y español, que se habían instalado en dicha comunidad entre fines del siglo XIX y principios del XX, y siendo además muy notoria en las representaciones sociales “colectivas” una fuerte noción negativa respecto de los criollos. Pero, señalando que una gran parte de los “criollos” eran también de origen europeo inmediato, sobre todo andaluz, ya que una de las migraciones más numerosa procedía de Algarrobo, un pueblito cercano a Málaga, y que, dada su inserción laboral y los sistemas de relaciones que desarrollaron, se asimiló/fue asimilada con la población nativa.

En este estudio comencé a preguntarme no tanto cómo Argentina se convirtió en Argentina, sino cómo los descendientes de europeos (pero también de siriolibaneses o de japoneses) se convirtieron en “argentinos”. ¿Qué paso para que los descendientes de no argentinos dejaran de hablar el idioma de sus padres, se consideraran argentinos y tuvieran “pinta” de argentinos? Hice la trayectoria de varias familias que, habiendo migrado por razones de pobreza en sus lugares de origen, se convirtieron en medianos y grandes propietarios de tierras o de empresas de servicios, en algunos casos manteniendo su estilo

de vida "pobre" y, en otros, tratando de identificarse con el origen "étnico" más valorado en Entre Ríos en aquella época: es decir, el origen vasco. Inclusive un ex gobernador de dicha provincia, y que era originario de la zona en que trabajé, modificó su apellido italiano para convertirlo en apellido vasco y así poder incrementar su *status* social y político. Uno de los rasgos que más me impresionó del proceso migratorio fue la construcción de instituciones que fomentaban las relaciones sociales de solidaridad y que incluyen la creación de sociedades de ayuda mutua desde el inicio de la migración, hasta la creación de clubes, de "casinos", de teatros, de prados. Desde entonces, considero que este es uno de los aspectos que más caracterizan (o tal vez caracterizaron) la sociedad argentina en términos de sociabilidad.

Me parece que lo más importante de este estudio es que aprendí de los errores (algunos muy graves) que cometí en el trabajo de campo, y que ahora no hay tiempo de enumerar, pero que me fueron muy útiles en el futuro. En función de este estudio, durante cerca de dos años, tuve escasa participación en el Museo, en la Carrera y en la Facultad, dado que estuve primero en trabajo de campo y, luego lidiando con los datos obtenidos. Y, cuando ya regreso plenamente al Museo, encuentro que se ha incrementado la politización en términos generales, así como también las disidencias respecto de las propuestas de los profesores y, especialmente de Bórmida. Es entonces cuando planteamos la modificación del plan de estudio (creo que en 1965-1966) y cuando cuestionamos más críticamente las orientaciones teóricas e ideológicas de Bórmida, quien había ido pasando de un historicismo croceano a una fenomenología exclusivamente ideática. Así como, por primera vez, comenzamos a señalar públicamente el pasado nazi de Oswaldo Menghin. Varios de nosotros participamos no sólo en las acciones académicas y políticas referidas a nuestra carrera, sino que lo hicimos a nivel de la Facultad (yo fui durante un tiempo representante de graduados en el Consejo de la Facultad) y conformando grupos que incluían a compañerxs de todas las carreras y que, en su momento, tuvieron no sólo presencia sino eficacia político-académica, y de los cuales conservo aún a algunxs de mis mejores amigxs, como es el caso de Sally Schneider.

Durante el 65 y el 66 ocurren toda una serie de hechos a nivel de nuestro pequeño mundo antropológico que colocarán al Museo y a los antropólogos en una situación digamos delicada y que, en gran medida, expresaba a nivel particular lo que estaba ocurriendo a nivel nacional, y que se expresaría en el golpe de estado de Onganía y en la renuncia masiva de los profesores de la Universidad de Buenos Aires. Desde hace años considero que fue una idiotez política e intelectual haber renunciado, renuncia que, como sabemos, fue gestada por algunos insignes profesores. Hoy creo que más que un error fue una especie de..., como podríamos decir, de acto de soberbia de los intelectuales y académicos. Pensar que porque renunciábamos en masa iba a caer el gobierno de la nueva dictadura suponía darle un papel y un poder a los académicos, que en Argentina nunca han tenido. Y sobre estas y otras cuestiones hablaba, y sigo hablando, con otro de mis amigos entrañables, y me refiero a Blas de Santos. La consecuencia inmediata personal fue que me quedé sin trabajo; varios seguimos dando clases a los alumnos de la carrera en nuestras casas, pero eso duró sólo un tiempo dadas las urgencias diferenciales de los alumnos y de los docentes. Yo

comencé a dar clases en la Universidad de Belgrano, en la del Salvador, y después de un tiempo Eliseo Verón me invitó a trabajar con él en la revista que dirigía en el Instituto Di Tella. Si bien conocía a Eliseo desde casi mi entrada a la Facultad, mi relación con él se estrechó cuando regresó de hacer su doctorado en Francia con Lévi-Strauss, e impartió varios seminarios sobre estructuralismo, a los que fuimos pocas personas, inclusive de Antropología, y de las cuales sólo recuerdo a María Rosa. Bueno, yo me incorporo entonces al Di Tella en tareas editoriales, pero al poco tiempo Esther Hermitte se incorpora como investigadora y abre la posibilidad de realizar un proyecto, invitándome a codirigirlo con ella. Esther propone realizar una investigación sobre procesos de salud/enfermedad/atención en el barrio de Saavedra donde se había instalado el CEMIC, lo cual me pareció excelente. Y para realizarlo se convocó a varixs compañerxs, entre ellos María Rosa y Hugo. Bueno, lo menos que puedo decir es que el proyecto estuvo mal diseñado por nosotros y, si bien se hicieron observaciones de campo y sobre todo entrevistas, el proyecto fracasó porque realmente no supimos qué hacer. Pero, como siempre, traté de sacar conclusiones sobre por qué las cosas no funcionaron, y creo que fue por dos razones básicas: la falta de un proyecto con objetivos claros y bien estructurados, y segundo, usando una palabra cara a los antropólogos, por lo holístico del mismo, que en términos sencillos quiere decir que nos propusimos abarcar casi todo y, por lo tanto, no logramos casi nada.

Ahora bien, en función de mi formación personal reconozco que tuve la suerte de poder participar en experiencias que si bien las considero frustradas en términos de un producto final más o menos serio, me sirvieron para aprender a trabajar, a aplicar técnicas, a reflexionar sobre los datos obtenidos, a saber qué no hacer por lo menos en determinadas situaciones. De tal manera que tanto el trabajo en la comunidad entrerriana como este me fueron confirmando que un proyecto de investigación debería estar claramente estructurado, no impidiendo la “espontaneidad” en el trabajo de campo, pero cuestionando una fuerte y extendida premisa antropológica, según la cual “el trabajo de campo espontáneo es el que define lo que uno ‘es’ como antropólogo”. Puede ser que si estoy realizando una investigación durante diecisiete años con el mismo tipo de informantes (y en muchos casos con los mismos informantes), como hizo Lewis en México, puede ser, reitero, que juegue a la espontaneidad permanente, pero si, como ocurre actualmente, cada vez estamos menos tiempo en campo, y además lo hacemos sin continuidad, y viviendo en la comunidad a estudiar durante lapsos limitados, dicho “poder” de la espontaneidad para llevar a cabo proyectos muy difusos constituye a mi juicio parte de nuestra mitología profesional.

Bueno, durante la primera mitad de los 70, trabajaré en dos proyectos de investigación sucesivos que constituyen experiencias satisfactorias en muchos sentidos. El primero es un proyecto que me proponen dos economistas, cuyo objetivo es estudiar el nivel de vida de la población rural de la provincia de Misiones. El proyecto duró poco más de dos años y, si bien se basó básicamente en datos de una encuesta en profundidad y, en segundo lugar, de estadísticas vitales, conseguí incluir el uso de técnicas cualitativas y manejar en forma no sólo económica sino cultural algunos de los conceptos centrales que utilizamos.

El proyecto fue elaborado sobre todo por uno de los economistas y por mí, y yo desarrollé una parte del trabajo cualitativo y, por supuesto, del cuantitativo. La descripción y análisis del material también se concentró en nosotros dos, y dio lugar a la publicación de un texto en cuatro volúmenes que nadie lee. La segunda experiencia de investigación tiene que ver tanto en sus objetivos como en mi participación con determinadas relaciones y actividades que había venido desarrollando especialmente desde la segunda mitad de los 60. Y me refiero a mi relación con el campo psicoanalítico y también con el psiquiátrico, lo cual comenzó a configurarse luego que nos fuimos de la Universidad. Y así, por ejemplo, impulsado sobre todo por el arquitecto Ibarlucia, se crea el Centro de Estudios del Hábitat con un enfoque fuertemente interdisciplinario, y donde se comenzaron a dar cursos y seminarios de diferentes temáticas. Una de ellas refería a salud mental, y me invitan a participar como antropólogo en esos seminarios, ya que les interesaban especialmente las maneras antropológicas de ver los procesos de salud mental. Estos psicoterapeutas insistieron en mi participación, pese a que desde el principio les planteé con claridad que no sabía casi nada (por no decir nada) de salud mental. Estas experiencias me vincularon con psicoterapeutas de diferentes corrientes y con algunos de los cuales seguí trabajando durante muchos años.

Por las mismas fechas fui invitado por Gilou García Reinoso y Diego García Reinoso, dos destacados psicoanalistas, a participar en un grupo de análisis de historias clínicas. A nivel personal impartí varios seminarios a destacados psicoanalistas, de los cuales recuerdo siempre el que di sobre Ideología y Ciencias Sociales, ya que me permitió desarrollar ciertas ideas que mantengo hasta la actualidad. En fin, todo ello condujo a que, junto con Gabriel del Olmo, impartiéramos en "el Lanús" un seminario de metodología a los psicoterapeutas que trabajaban en dicha institución. Ahora bien, gran parte de la demanda de la perspectiva antropológica por parte del campo de la salud mental tenía que ver, a mi entender, por una parte, con la crisis que atravesaba dicho campo a nivel nacional e internacional, ya que, recordemos, es el lapso en que se desarrollan las propuestas antipsiquiátricas, pero también las etnopsiquiátricas. Es el momento en que se cuestionan las instituciones de encierro, pero también al saber psicoanalítico institucionalizado en la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA). Pero además está el enorme prestigio intelectual alcanzado por la antropología, sobre todo a través de la obra de Lévi-Strauss, y su influencia en toda una serie de campos y no sólo el de la salud mental. Esto comenzó a quedarme más o menos claro cuando José Bleger (considerado por muchos como uno de los más brillantes psicoanalistas argentinos a nivel teórico y "aplicado") me invitó a conversar con él en su consultorio, y la conversación, contra lo que yo esperaba, fue sobre teoría antropológica, evidenciando un dominio inesperado sobre los planteos de Malinowski, Redfield o Lévi-Strauss. Bleger me propuso ser parte de un grupo constituido por jóvenes psicoanalistas, como Hernán Keselman, Armando Bauleo, Gregorio Baremblit, y lo que él quería es que yo propusiera mi mirada como antropólogo respecto de los temas que se trataban. Es a través de esta trayectoria que comienzo a generar una experiencia no sólo teórica sino práctica en el campo de la salud mental, a través de mi participación en los avatares de las corrientes críticas. Lo cual, en cierta medida, se expresará

en el hecho de que la crisis de la APA se evidenciará en la creación de dos grupos disidentes, los grupos Documento y Plataforma, participando personalmente en el segundo de dichos grupos, el cual desarrollaba las propuestas analíticas, pero también políticas, más radicales. Bueno, es a partir de esta trayectoria y de estas relaciones que Rubén Efron, quien sigue siendo uno de mis mejores amigos, me propone incorporarme (con otros compañeros como Gilou García Reinoso, Silvia Berman y Silvia Chester) al Instituto de Medicina del Trabajo de la Facultad de Medicina de la UNBA, para desarrollar estudios sobre salud mental en trabajadores. Yo, como había hecho previamente con los psicoterapeutas, le aclaré que sobre salud mental de los trabajadores “no sabía un carajo”, y Rubén me dijo “pero sabés otras cosas que nos pueden ser útiles”.

Espero que vaya quedando claro que a partir de los 60 varios sectores vinculados al campo de la salud me piden colaboración, solicitando sobre todo la mirada antropológica. Y esto no sólo ocurre en el campo de la salud mental, ya que allá por 1964 o 65, no me acuerdo bien, el Dr. Shavelson, quien era Director de Instituto de Cancerología, me llama para ver si lo ayudo a interpretar mejor algunos procesos que observaba especialmente en sus pacientes terminales, ya que él percibía que el factor religioso tenía incidencia en demorar la mortalidad de sus pacientes. Y, por supuesto, también le dije, “Doctor, yo no tengo formación como para poder realizar una investigación sobre lo que me propone”, y, de hecho, no la hice. Traté siempre de ser honesto en ese sentido.

Pero lo que me interesa subrayar es que, en los 60 y principios de los 70, había una demanda de conocimiento y trabajo antropológico por parte de diferentes sectores médicos, y que me llamaban a mí porque era un poco más conocido, pero creo que no buscaban a una persona específica sino que sobre todo estaban buscando la mirada de los antropólogos. Más aún, es a través de sus demandas que comienzo a asumir que la antropología podía tener un papel no sólo más allá de los temas antropológicos que habíamos ido aprendiendo en nuestra carrera, sino inclusive de las reformulaciones personales que estábamos haciendo. Pero además estas experiencias, por decir así interdisciplinarias, me llevaron a asumir algunos presupuestos en el campo de la docencia que sigo manejando hasta la actualidad. Y me refiero a que, mientras como antropólogo tenga que dar clases a antropólogos y analizar e inclusive discutir problemas con colegas, “todo queda en casa”; más aún, estos diálogos por más conflictivos que pueden llegar a ser están llenos de sobrentendidos antropológicos. Y la cuestión diferencial comienza cuando, trabajando con profesionales que no tienen mucho que ver con nuestra disciplina, estos, de buena fe y frente a lo que les estoy proponiendo, me dicen “no entiendo lo que nos estás diciendo”. Y lo que vos das por sentado, y que creés que todo el mundo sabe, te ves obligado a desarrollarlo para que los demás entiendan de qué hablás. Lo que para nosotros son sobrentendidos, para los otros no lo son, y al tener que explicarlo te das cuenta, en muchos casos, de que lo que creías tener claro (es decir, apropiado teórica y prácticamente) no era así, lo cual te obliga a clarificar tu saber no sólo para los demás, sino, sobre todo, para uno mismo. Y esta “obligación” la convertí en parte de mi propia metodología.

Bueno, retomando lo que señalaba, Rubén me invita a formar parte de un grupo de investigación constituido por unas diez personas, y, en forma

autónoma o con otros grupos, estudiamos sucesivamente a tres sectores laborales. El primer sector con el que trabajamos fue el de mineros; se diseñó el proyecto de investigación, así como se diseñó un tipo de entrevista, entre socioantropológica y psicoanalítica, que en parte se basó en el llamado "modelo obrero italiano" (MOI), que en gran medida trata de aplicar la dimensión emic a la descripción, análisis y solución de los problemas de salud mental surgidos en el ámbito laboral. Pero, con una diferencia radical, dado que mientras el MOI concibe al trabajador como agente, como un sujeto activo de su propia acción, la dimensión emic solía permanecer exclusivamente (sobre todo, en aquellos momentos) en el punto de vista de la cultura a la que pertenecían los "actores". Este fue uno de los trabajos donde comencé a sentirme satisfecho del material que estábamos obteniendo. Nuestro principal trabajo se hizo en la mina de cobre Pirquitas, localizada en Jujuy, y que está a 5.200 metros de altura. Vivíamos en el pueblo minero y asistimos a toda una serie de hechos que iban desde las festividades religiosas hasta las asambleas sindicales. Una de las asambleas sindicales, en la cual se trataba de decidir una huelga, constituyó una de las principales experiencias de democracia de base (y no sólo sindical) que me ha tocado vivir.

Obtuvimos información sobre las formas en que estos trabajadores vivían su trabajo en la mina y fuera de ella, a través de un material obtenido de entrevistas pero que incluía la narración de sus sueños. En el trabajo de campo "descubrimos" un hecho, que todos los trabajadores mineros sabían, y es que en Argentina nunca se había jubilado un minero, ya que morían por diversas razones ligadas al proceso productivo, o sólo eran pensionados, dado que, por accidentes o por neumoconiosis o silicosis, quedaban invalidados y no podían trabajar más. Pero, y lo reitero, lo que "descubrimos" es que ningún minero en Argentina había logrado la jubilación completa. Creo, no sé si frecuentemente, que los antropólogos "descubrimos" lo que todo el mundo a nivel local ya sabe, y lo que hacemos es hacer público a nivel académico dichos hechos. Y, si bien es importante que "descubramos" lo que todos ya saben, considero también decisivo descubrir los que los sujetos sociales actúan, pero "no saben" de su propia actuación social. Nuestra investigación, junto con otras acciones, condujo a formular propuestas para mejorar y modificar las condiciones de trabajo, así como una propuesta de ley que modificara el régimen jubilatorio de los trabajadores mineros. Pero en nuestro estudio obtuvimos información sobre procesos de diferente tipo, desde la presencia fuerte de concepciones y rituales religiosos que, entre otras cosas, excluían a la mujer del proceso productivo minero, hasta la existencia de una fuerte democracia de base, pasando por el desarrollo de estrategias antilaborales. Detectamos que los trabajadores se autolesionaban para no trabajar durante unos días, pero también observamos un caso, en que un minero se cortó un dedo para tener discapacidad definitiva. Y todo esto lo vas viendo en la medida que estás conviviendo, por lo cual se te rompen los estereotipos (que como buen marxista uno tiene respecto a la clase trabajadora), al mismo tiempo que se recuperan toda una serie de valores, como la solidaridad de base, y cómo el cuerpo automutilado puede constituir parte de las estrategias de supervivencia.

El segundo trabajo fue sobre obreros ceramistas, subrayando que en

todos los estudios que realizamos tuvimos la posibilidad de investigar tanto empresas del estado como fábricas privadas, dado el proceso político que se estaba viviendo en esos momentos. Tuvimos, por lo tanto, posibilidad no sólo de observar los procesos productivos y las condiciones de trabajo, sino de entrevistar a obreros, médicos, ejecutivos de dichas empresas, así como de consultar los archivos referidos a los procesos de salud/enfermedad/atención-prevención. Pero además, siguiendo las propuestas del “modelo obrero italiano” (y, por supuesto, de la antropología), pudimos obtener el punto de vista de los trabajadores no sólo respecto del proceso productivo, sino de cómo este afecta su salud física y mental, así como las soluciones que ellos proponían para dichas consecuencias laborales.

Por último, el tercer proyecto fue sobre choferes de colectivos, que se interrumpió porque el Instituto de Medicina del Trabajo comenzó a ser agredido no sólo en términos ideológicos, sino a través de la colocación de dos bombas: una de bajo poder, frente a lo cual seguimos trabajando; y otra, de alto poder que condujo al cierre del Instituto. No voy ahora a analizar estos episodios, sino quiero subrayar la situación que dominaba en los años 1973 y 1974, que afectaba no sólo determinadas investigaciones, sino también a los “estudiados” y a los que estaban a cargo de las mismas. Cerrado el Instituto bajo la gestión de Ivanisevich, cuando estaba al frente de la UBA, tratamos de continuar con nuestro estudio en un local, que quedaba cerca de Plaza Italia, y donde seguimos haciendo entrevistas y, sobre todo, una especie de grupos operativos. Pero estos intentos de continuidad se fueron disolviendo, dado que el país estaba entrando en un espiral de violencias donde cada vez corrían más peligro tanto los trabajadores como nosotros. Me es casi imposible transmitir con palabras no sólo lo que ocurría sino lo que sentíamos en una época en que se mataba a trabajadores e intelectuales no sólo impunemente sino en forma “ejemplar”, como lo hicieron con Silvio Frondizi o con Ortega Peña.



Entonces yo voy a Mar del Plata (...).
Y elaboramos en grupo un programa (...).
Y creamos la carrera de Mar del Plata.

E.L.M.: Pero volvamos un poco hacia atrás. Como ya señalé, en 1966 renunciamos masivamente miles de docentes de la UNBA. Cuando renunció a la facultad como un idiota, junto con la mayoría de los idiotas (en términos políticos) que renunciamos, bueno, tengo que tratar de ganarme la vida para poder vivir. Durante un tiempo viví de lo que ganaba mi mujer, quien me mantuvo (*sonríe*). René es psicoanalista, para suerte de ella y mía. Teníamos una nena de pocos años y bancó mi situación durante bastante tiempo. Como lo señalé, al tiempo comencé a trabajar en varias instituciones como docente y al principio, sobre todo, en la Universidad de Belgrano, donde durante varios años impartí varios cursos de antropología y de sociología.

E: ¿En qué carrera?

E.L.M.: En Sociología. Todavía me encuentro, en alguna conferencia, con estudiantes de aquella época. Sería 1969 o 1970 cuando, no me acuerdo de quién, me propone dar clases en la Universidad de El Salvador: era la época en que esta Universidad se había radicalizado, la época del padre Mujica. Pero fui con muchos prejuicios; soy de origen católico aunque, a partir de los catorce o quince años, dejé de creer hasta convertirme en ateo no militante; simplemente me es imposible creer. El papel de la iglesia católica en nuestro país, así como la laica-libre alimentaron mis prejuicios, por lo cual me costó ir. Y me encontré con una gran sorpresa: primero, con un estudiantado no sólo radicalizado, sino con gran avidez de saber y capacidad de reflexión. Pero además me encontré con otros profesores de la UNBA, especialmente de la carrera de Sociología, que también habían aterrizado en esta Universidad. Considero que mi relación no sólo con los alumnos, sino con quienes dirigían la carrera de Sociología, fue excelente, y al poco tiempo pasé a ser parte del consejo académico de la carrera.

Bueno, al tiempo de estar en esta Universidad, sería a fines de los 60 o 1970, un profesor al que conocí me invitó a tomar un café y me dijo: "Mirá, Eduardo, hay una carrera de antropología en Mar del Plata, que se dedica, básicamente, a estudiar tradiciones populares, y que el rectorado, como no se inscribe nadie, está a punto de cerrar, por lo cual te pregunto si querés hacerte cargo de la carrera". Obviamente, le agradecí el ofrecimiento y le dije que necesitaba analizar el plan de estudios y el plantel docente, para hacer una propuesta concreta. Leí el plan de estudios y me expliqué por qué no se inscribía casi nadie, por lo cual planteé, primero a este profesor y luego al Decano de la Facultad, que me hacía cargo de la carrera de antropología, pero que inmediatamente proponía una modificación del plan de estudio, así como el nombramiento de profesores específicos, para luego llamar a concurso tanto de la dirección de la carrera de antropología como de las materias a dictar. El nuevo plan de estudio lo armamos sobre todo en torno a los conceptos de "situación colonial" y de "clases subalternas", conceptos dominantes en aquella época y

que nos permitía incluir autores que iban desde Balandier hasta Fanon pasando por De Martino, Huizer, Thompson, Roy, Ribeiro o Sartre. Las dos primeras acciones fue convocar a una serie de antropólogos, pero también de sociólogos e historiadores, que para mí tenían la calidad y la voluntad suficientes para crear e impulsar una nueva carrera de Ciencias Antropológicas, y, segundo, hacer una propuesta de plan de estudio. Llamé a varios “viejos” compañeros, como Hugo Ratier y Carlos Herrán, pero también a gente más nueva como Floreal Palanca y Leopoldo Bartolomé, pero las dos personas que más me ayudaron en esta nueva posibilidad, y sin las cuales no habría habido realmente carrera en Mar del Plata, fueron Mirtha Lischetti y María Rosa Neufeld. Entre todos organizamos un grupo, que se reunía una vez a la semana todas las mañanas, en el departamento de María Rosa para analizar y programar el contenido no sólo de la carrera sino de cada materia, así como la articulación entre las diferentes materias. Si bien, como en casi todo grupo, luego de un tiempo comenzaron a surgir problemas, no obstante la recuerdo como una de las mejores experiencias docentes que tuve en mi vida, sino la mejor.

Se crea la carrera o, mejor dicho, se recrea, y al año ya tiene un éxito realmente impactante. Un porcentaje muy alto de los alumnos que se inscribían en Sociología se inscriben en Antropología; Sociología pasa a tener muy pocos alumnos, mientras Antropología se convierte, luego de Psicología, en la carrera con el mayor número de alumnos y, además, con un peso creciente al interior de la Facultad. Pero todo este desarrollo se realiza dentro del proceso político que se estaba viviendo a nivel nacional y que adquiere ciertas particularidades en Mar del Plata. Como sabemos, esta es una ciudad básicamente turística, que no tiene (o no tenía) una visibilidad ni política ni universitaria, y por ello no se repara en que es uno de los lugares en que más va a desarrollarse la violencia instrumentada por la extrema derecha. Mar del Plata es, en ese momento, junto con La Plata, la ciudad con el mayor número de activistas de la CNU⁵, quienes tendrán un cruel papel en toda una serie de hechos de sangre, como diría la prensa amarillista.

Considero que el primer “indicador” de lo que iba a ocurrir lo constituyó el asesinato de Silvia Filler⁶, el cual fue cometido por miembros de la CNU, pero que fue solapado por sectores del peronismo que por razones tácticas no querían romper con la extrema derecha, pese a las recomendaciones de algunos de sus líderes. Fue un proceso largo y sangriento que hizo que Mar del Plata tuviera una de las tasas más altas de asesinados y de desaparecidos, de los cuales varios fueron mis ayudantes de cátedra. Pero dejemos de hablar de estos aspectos y retomemos los aspectos más académicos.

Como les señalé, hacemos una carrera bastante organizada y exigente, que cobra fama rápidamente al interior de la facultad, lo que implica la inclusión de muy buenos alumnos, los que, a medida que avanzan en la carrera, solicitan no sólo información y reflexión, sino comenzar, allá por 1973-1974, a pedir

⁵ Concentración Nacionalista Universitaria.

⁶ Estudiante asesinada dentro de la Universidad de Mar del Plata el 6 de diciembre de 1971 durante la realización de una asamblea estudiantil, en donde ingresó un grupo del CNU disparando contra los estudiantes, causando la muerte de Silvia Filler, quien recibió un tiro en la frente. Actualmente, el aula magna de la universidad lleva su nombre.

congruentemente la realización de investigaciones (no trabajos prácticos) que implicaran trabajo de campo. Inclusive, algunos alumnos que conocían mi trabajo en el Instituto de Medicina del Trabajo inician conversaciones con personal del gremio marítimo para realizar estudios sobre ciertas características del trabajo de dicho sector laboral. Pero, al cabo de unos meses, los paro en seco, dada no sólo la situación de Argentina en general y de Mar del Plata en particular, sino por lo que estaba ocurriendo justamente en el Instituto de Medicina del Trabajo, en el cual no sólo habíamos recibido amenazas sino que nos habían colocado una primera bomba. Más aún, parte de nuestro grupo de investigación estaba en relación con miembros del sindicato marítimo, y sabíamos de la represión que se estaba desarrollando contra el mismo. De tal manera que, al oponerme a la realización de esta investigación, se constituyó y desarrolló la idea de que me oponía al trabajo de campo, por lo cual algunas personas concluyeron (y, sobre todo, una señorita sigue concluyendo) que yo no era un antropólogo social, cuando lo que traté es de no exponer a lxs chicxs más allá de lo que ya estaban expuestos. Porque, además, yo había recibido la visita de dos madres preocupadas por la violencia creciente, incluidas algunas desapariciones, así como también me pidieron entrevistas un oficial y un suboficial de la marina de guerra en las cuales me propusieron inscribirse en la carrera. Pero de todo esto me he ido olvidando, especialmente de los cuestionamientos crecientes por parte de los sectores peronistas dominantes en Mar del Plata a mis posiciones teóricas marxistas. Esta ha sido una de las peores experiencias que recuerdo de Argentina, y solo recupero que, además de algunos pocos compañeros peronistas y no peronistas, los que más me defendieron fueron los propios estudiantes peronistas, los cuales, en su mayoría, no entendían por qué me cuestionaban sus líderes. La presión (y algunas cosas más graves) condujo a que tuviera que renunciar a la dirección de la carrera.

En general, traté permanentemente de no confundir mis orientaciones teóricas e ideológicas con la formación de grupos de trabajo universitario y, por eso, al recrear la carrera de Mar del Plata convoqué a compañeros de diferentes orientaciones no sólo ideológicas sino políticas. El eje para mí eran las capacidades intelectuales, las habilidades docentes y las trayectorias sociales, por supuesto que dentro de un espectro que excluía a determinados sectores.

“Y como muchos nos fuimos,
con boleto de ida y vuelta, creíamos que íbamos a
volver en un año, o a lo más dos”

E.L.M.: Bueno, entonces hacemos la carrera, la impulsamos, pero luego de unos años nos echan de Mar del Plata. Y esto durante un período que, creo, nos marcó a todos, y donde lo más lamentable fue (y sigue siendo) la cantidad de compañeros y compañeras que murieron o desaparecieron, de los cuales la mayoría era gente muy joven y algunos, muy entrañablemente queribles. El “proceso” comenzó y, luego de toda una serie de episodios que evidenciaban, aunque sólo en parte, lo que estaba pasando, decido, de acuerdo con mi mujer, irnos a México. Yo no quería irme de América Latina (por aquello de la “patria

grande” y, por supuesto, de otras cuestiones) y, como muchos, nos fuimos con boleto de ida y vuelta, creíamos que íbamos a volver en un año o, a lo más, dos. Salí de Buenos Aires el primero de abril de 1976, y mi mujer y mis dos hijas viajaron a México dos meses después. Llegué a México y conseguí rápidamente trabajo, pero además experimenté de inmediato la hospitalidad mexicana en términos de amistad y de solidaridad. Y así, a los quince días de llegar y a través de Vicky Susshein, una antigua alumna de Buenos Aires, conocí a Vicky Novelo y a Ricardo Loewe que siguen siendo dos de mis mejores amigxs hasta hoy. Con ellos conocí Tepoztlán y pasé infinidad de fines de semana en su casa de Tepoz, así como ambos me propusieron lugares de trabajo específicos.

Bueno, yo llegué a México con la idea de que no iba a trabajar más en antropología.

E: ¿Por qué?

E.L.M.: Porque llegué, como casi todos, muy golpeado por la cantidad de muertes y desapariciones, y además con la sensación de que la antropología (como otras ciencias) servía de muy poco. Me recuerdo hablando con amigos y diciendo: “Si comienzo a dar un curso y un alumno me empieza a salir con Lenin, con Trotsky o con el Che, lo mando a la puta madre que lo parió”. No estaba en condiciones de poder resistir una discusión, digámosle, “pseudopolítica”, teniendo el lastre no sólo de los muertos y desaparecidos, sino de la ida de mi país. Una ida que supuso, además, separar a mis hijas de sus abuelos, de sus primos, de sus tíos, de sus amigos, y de lo cual siempre me he sentido “culpable”. Bueno, por lo tanto, si algún joven o no tan joven alumno me llegaba a hacer ciertas preguntas o comentarios, no sólo lo hubiera vivido como una agresión, sino, sobre todo, como una banalidad para procesos demasiado trágicos.

Me fui entonces de Argentina con la idea de poner una librería, inclusive en Buenos Aires había arreglado con un amigo, que tenía una editorial, conectarme con una prima hermana suya para que viéramos esa posibilidad. Y, de hecho, me encontré con Susy en su casa de Coyoacán y planeamos acciones, y hasta localizamos un local cerca de Insurgentes y San Antonio. Pero Susy era una importante investigadora en el campo de las ciencias médicas y yo algo sabía de libros, pero muy poco de cómo venderlos. En el ínterin, me encontré con amigos y con personas que no conocía, y varios me ofrecieron trabajo como antropólogo. Y una de esas personas fue, como señalé, Ricardo Loewe, por lo cual reflexioné sobre lo que yo sabía hacer y, entonces, decidí que iba a aceptar un trabajo, pero en una institución donde no hubiera antropólogos, sociólogos, ni nada que se le parezca. Por lo cual, acepté la oferta de Ricardo a incorporarme como profesor a la Escuela Nacional de Salud Pública, donde él, como médico salubrista, dirigía la sección de sociología de la salud. No obstante, le pregunté “¿Hay sociólogos?” (*Risas*), y me dijo “No, son todos médicos, enfermeras, nutricionistas”. Por supuesto que dicha pregunta constituía una ingenuidad mía, porque los médicos también empezaron a hacer preguntas sobre marxismo y lucha de clases y cosas por el estilo, sobre todo porque una parte del alumnado era cubano. Cuba no tenía entonces Escuela de Salud Pública y los cuadros salubristas comenzaron a formarse en México, porque México,

no lo olvidemos, era el único país de América Latina que reconocía a Cuba. Entonces, comienzo a dar clases, pero también al tiempo retomo algunos de los temas y problemas sobre los cuales venía trabajando en Argentina. Revisé sobre todo los materiales que me había llevado (o me habían hecho llegar por distintas vías varias personas, entre las cuales sólo quiero recordar a Negrita) y que trataban sobre salud y trabajo, sobre el campo de la salud mental, sobre mis reflexiones teóricas respecto de las relaciones hegemonía/subalternidad, y mis propuestas sobre el uso de modelos para indagar problemas. Y me puse a trabajar sobre los mismos, lo cual dio lugar a dos de mis primeras publicaciones en México y que fueron *Cura y control. La apropiación de lo social por la práctica psiquiátrica* y, más tarde, una larga introducción a un libro que trataba sobre *La salud de los trabajadores*. Ambos textos, y sobre todo el segundo, tienen que ver con las experiencias de investigación, pero también de vida, que les vengo contando y que darán lugar, entre otras cosas, a mi formulación del Modelo Médico Hegemónico (MMH) que, según algunos, constituye mi principal aporte tanto en términos teóricos como etnográficos. Lo que no cabe duda es que es el concepto más difundido de los pocos que acuñé y que, además, se ha ido convirtiendo en un concepto anónimo, ya que la mayoría de los que lo utilizan no tienen mucha idea de quién y cuándo se generó. Siempre me ha sorprendido la difusión que tuvo (y sigue teniendo) este concepto, lo cual atribuyo a que es el que más he trabajado etnográfica y teóricamente, así como porque surgió en una coyuntura en que se incrementaron fuertemente las críticas de todo tipo hacia la biomedicina. Sin embargo, considero que los conceptos de transacciones o de modelo de autoatención constituyen otros pequeños aportes conceptuales, que sin embargo no tuvieron la misma suerte, lo que atribuyo a un menor trabajo reflexivo por parte mía, pese a que pienso que el concepto de autoatención en términos teóricos y políticos es el que tenía y sigue teniendo más posibilidades de desarrollo y uso, en la medida que a través de él trabajé (sobre todo durante los 70 y los 80) su relación y articulación con los procesos autogestivos, que considero constituyen la única alternativa real a la dominación de las formas capitalistas y a las del "comunismo autoritario", como decían algunos viejos vecinos anarquistas en mi infancia.

Estos dos libros los hago publicar en la Editorial Nueva Imagen, donde, al poco tiempo de llegar, comienzo a dirigir dos colecciones, una con mi nombre (Salud e Ideología) y otra (Trabajo crítico), más o menos anónima. Realmente es en México donde voy a realizar mis principales estudios y donde dediqué bastante tiempo a escribir, ya que en Argentina había publicado muy pocas cosas. En México, luego de un tiempo de aclimatación, comienzo a tener no sólo mucho más tiempo que en Argentina, sino un tiempo mucho más tranquilo que me va a permitir formular proyectos, realizarlos y escribirlos, aunque por supuesto no en su totalidad. Y así, cuestiones sobre las que venía trabajando y reflexionando, incluyendo protagónicamente las propuestas de Gramsci y de De Martino sobre las relaciones de hegemonía/subalternidad, van a cuajar en México y a dar por resultado mis propuestas sobre el MMH y sobre modelo de autoatención.

La ENSP programaba toda una serie de diagnósticos de salud a nivel de cada provincia y a nivel de medianas comunidades que implicaban la

realización de trabajos de campo y que me permitieron desarrollar toda una serie de trabajos artesanales en algunos casos y, en otros, con pretensiones de investigación científica, y que dieron lugar a toda una serie de pequeños estudios de autoatención, por una parte, así como a la realización de mi estudio sobre Yucatán.

Creo que a fines de 1976 o principios de 1977, Vicky Novelo, que trabajaba en el CIS-INAH y que es una de las mayores expertas en artesanías de *América Latina*, me propuso una entrevista con Guillermo Bonfil Batalla, que dirigía el CISINAH. A Guillermo lo conocía por dos trabajos que me habían impactado mucho cuando aún vivía en Argentina y que se habían publicado en la revista *América Latina*, que se editaba en Brasil. Uno de ellos era la introducción a su tesis de maestría sobre "El hambre en Sudzal", que cuestiona las orientaciones dominantes en la antropología norteamericana para estudiar los procesos de salud/enfermedad. Bueno, me encuentro con Guillermo, quien me propone que me incorpore al CIS-INAH a partir de realizar un proyecto conjunto con la Escuela de Salud Pública, que además sirviera para formar jóvenes investigadores en este nuevo campo de la antropología médica. Acepté el ofrecimiento, de tal manera que a fines de 1977 me incorporé a la institución que dirigía Guillermo, pero antes conversé con Ricardo Loewe y decidimos hacer sendos proyectos, el de Ricardo en Michoacán y yo, en Yucatán. En mi caso, formulé un proyecto bastante ambicioso, en el cual, por una parte, buscaba observar a nivel histórico (concretamente, entre fines del siglo XIX y 1977) el desarrollo de las condiciones de salud en el estado de Yucatán y, por otra, estudiar dos comunidades para observar a nivel de comunidad lo que encontraba a nivel macrosocial. Este estudio trató de ver cómo, a nivel de un estado y de dos comunidades, se constituye y opera históricamente un "modelo" de atención/prevenición de la enfermedad, pero no sólo en términos de modelo, sino de historicidad de los procesos. Como lo he señalado desde hace muchos años, todo modelo es una propuesta de descripción y análisis de la realidad, pero que no constituye la realidad sino un modelo de la misma. Por lo menos yo, a través de un modelo, busco articular las diferentes dimensiones de la realidad en un alto nivel de abstracción, para luego confrontarlo con la historicidad de los procesos y ver qué se sostiene y qué no del modelo y, por lo tanto, observar si surgen nuevos procesos y características que me conducirán a reformular nuevos modelos, los cuales siempre serán provisionales. Esta propuesta teórico-metodológica ha sido frecuentemente mal interpretada, ya que muchos creen que yo considero el modelo como equivalente de la realidad, mientras otros tratan de encontrar el modelo en la realidad. Y ambas posiciones evidencian que no han entendido cuál es mi propuesta. Los modelos que desarrollo son construcciones provisionales, que es lo que no sólo Durkheim y Weber propusieron, sino que también desarrollaron antropólogos como Eric Wolf a través de los tipos de campesinado que propusieron especialmente para América Latina. Bueno, de esa investigación que duró tres años sólo se publicó el primer volumen, ya que el segundo si bien está completamente redactado, aunque no revisado, no se publicó. Este es un hecho que me va a seguir ocurriendo hasta la actualidad y que no sólo atribuyo a mis formas más o menos ambiciosas de plantear mis proyectos de investigación, sino a las tendencias que van a comenzar a

surgir justamente a partir de la década de los 80 del brazo del neoliberalismo económico y político, pero asumidas por la academia a través del énfasis en el "productivismo" y en el cumplimiento *a guiso* de los tiempos de investigación, lo que, a mi juicio, va a afectar centralmente a una disciplina caracterizada por sus tiempos "largos", como es el caso de la antropología social. De tal manera que, como decía el General Perón: "hay que producir, producir y producir" (*sonríe*); es decir, hay que producir porque de tu producción saldrán los "puntos" con los cuales vas a incrementar un salario que casi no tiene otros incrementos que los que devienen tu producción. Y si no producís, tu salario después de quince o veinte años sigue siendo el mismo. De tal manera que, desde principios y mediados de los 80, voy a formular varios proyectos que, si bien se concluyeron, no van ser publicados en forma integral, aunque en todos los casos se publicarán, por lo menos, artículos o capítulos de libros. Tal vez, el estudio que más ejemplifica lo que estoy señalando es una investigación que hicimos en una pequeña comunidad de Guanajuato y que trata de documentar el sistema de síntomas con que la población "piensa" sus principales enfermedades y causas de mortalidad, así como las formas de atención que utiliza. De este texto de cerca de 300 páginas, sólo se publicó un capítulo en un libro mío.

Bueno, entonces, a principios de la década de los 80, diseñé un proyecto dividido en varios subproyectos sobre lo que denominé "proceso de alcoholización" y que duró casi veinte años, dando lugar a la publicación de varios libros y a gran cantidad de artículos y capítulos de libro. Es a través de estos estudios que pude precisar más varios aspectos del MMH. No obstante la amplia producción señalada, resta publicar más de la mitad de lo obtenido y que, en parte, puede ser consultada en el informe final de la investigación, que es un manuscrito de unas 1.300 páginas. Después vinieron estudios sobre medios de comunicación y procesos de salud/enfermedad y atención, sobre esterilización y MMH, y actualmente sobre la influenza A-H1N1 en la prensa escrita y sobre la problemática de la violencia en México. Ahora bien, quiero subrayar que, a partir de mis trabajos de investigación, desarrollé toda una actividad de reflexión metodológica y teórica que se expresó a través de diversas publicaciones. Y si bien mi punto de partida refiere siempre a los procesos de salud/enfermedad/atención-prevención investigados, trato de extender mis propuestas teórico-metodológicas al trabajo antropológico en general.

E: Nos ha hablado sobre todo de investigación, pero casi nada de su experiencia docente en México.

E.L.M.: Algo hablé pero no mucho, y tal vez lo más importante a señalar es que mis principales actividades docentes han sido a nivel de maestría y de doctorado, ya que no recuerdo haber dado clases a nivel licenciatura, después de que me fui de Argentina. Es decir, me fui acostumbrando en México a trabajar con pocos alumnos, entre seis y diez a lo más, lo cual creo que ha sido muy productivo tanto para los estudiantes como para mí. Y dicha experiencia docente no sólo la desarrollé en México, principalmente en la ENSP, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y en el CIESAS, sino también en la Universitat Rovira i Virgili de Tarragona, así como en el Instituto Lazarte de la Universidad

de Rosario y en el Departamento de Salud Colectiva de la Universidad Nacional de Lanús. En todos estos ámbitos, impartí cursos en forma continua durante varios años, subrayando que mis cursos han sido casi inevitablemente sobre cuestiones de antropología médica y de metodología. En la ENAH organicé y abrí lo que creo que ha sido la primera maestría sobre antropología médica que se desarrolló en América Latina. Como pueden ver, en México me fui especializando, tal vez demasiado, ya que casi todas las tesis que he dirigido tratan sobre procesos de salud/enfermedad/atención-prevención. Considero que he tenido la suerte de haber contribuido a formar a algunos de los más importantes antropólogos médicos mexicanos, de los cuales varios forman parte del equipo de AM del CIESAS, como son Sergio Lerín, María E. Módena, Rosa M. Osorio y D. Reartes, mientras otros trabajan en otras instituciones, como son los casos de Roberto Campos, de Armando Haro o de Zuanilda Mendoza, por citar sólo a algunos compañeros. Subrayo que siempre me ha parecido necesario dar clases y, no sólo para formar antropólogos o especialistas en medicina social, sino porque en mis cursos suelo comenzar a desarrollar muchas de las ideas que luego se plasmarán en investigaciones y en publicaciones. Creo que este proceso lo he desarrollado no sólo en el CIESAS y en la ENAH sino especialmente en la Universitat Rovira i Virgili, y tanto a través de mis cursos como de las “conversaciones” sobre problemas específicos desarrolladas con entrañables amigos, como Josep María Comelles y Oriol Romani. Así como en los últimos años, en el Instituto de Salud Colectiva de la Universidad Nacional de Lanús, dirigido por Hugo Spinelli, quien constituye para mí no sólo un notable organizador teórico y práctico, sino una de las personas con una orientación real hacia la interdisciplina, y especialmente hacia la antropología social, y con quien mantengo una relación intelectual, afectiva y más o menos “vizcachiana” desde fines de los 80. Podría seguir comentando otros aspectos, pero creo que va quedando poco tiempo.

“Yo lo veo más bien desde un ángulo profesional,
de defensa de la profesión... lo veo en ese
sentido.”

E: ¿Qué opinión tiene respecto del lugar de las asociaciones profesionales?

E.L.M.: Cuando vivía en Argentina, el Colegio de Antropólogos era algo incipiente y yo no tenía una participación demasiado activa en el mismo, dado que mis intereses estaban colocados en otros procesos y problemas. Y lo que digo no sólo tiene que ver conmigo, sino con la mayoría de lxs compañerxs de aquella época. No teníamos tiempo para ocuparnos del Colegio, aún cuando no lo considerábamos un elemento secundario.

En el caso de México, no te puedo decir mucho, existen asociaciones (sobre todo el CEAS, del cual soy miembro, pero tampoco tengo un papel activo). Reitero, no es porque niegue su importancia, sino porque me preocupan más otros aspectos. Igualmente, creo que hay una incidencia, sobre todo para ciertas circunstancias en diferentes planos. Por diferentes razones no he tenido una

participación activa, aún cuando acompañe en lo que se puede acompañar, si hay que firmar una declaración, firmo y ese tipo de cosas.

E: ¿Y cuáles serían esas circunstancias que usted considera que son importantes en lo que se refiere a la incidencia de asociaciones o colegios profesionales?

E.L.M.: Bueno, creo que los colegios cumplen sobre todo funciones respecto de la defensa profesional. Me refiero a la posibilidad y necesidad de que se considere que los antropólogos son los más idóneos para desempeñar determinados tipos de trabajos en función de su formación específica. Pero me parece que las asociaciones de antropólogos en México están operando sobre todo como medios informativos y formativos.

E: En Argentina existió en algún momento el debate sobre una ley de ejercicio profesional. Actualmente hay incumbencias pero no hay una ley de ejercicio profesional, la posibilidad de la matrícula o no... Usted, ¿qué opina al respecto?

E.L.M.: México es un país en que las profesiones están matriculadas. Más aún, si me recibo de Doctor en Antropología, ese título es académico, si quiero convertirlo en título profesional, entonces, tengo que ir a la Secretaría de Educación Pública a matricularme y así puedo ejercer profesionalmente. Aunque esto realmente pasa a ser secundario en los hechos, dado que la mayor fuente de trabajo es académica. Pero volviendo a la pregunta, en Argentina no recuerdo nada igual.

E: ¿Y para trabajar en gestión, en el Estado?

E.L.M.: Tampoco se necesita dicha matriculación, que en el caso de México tiene una trayectoria muy especial, dado que, hasta hace no muchos años, existía el Instituto Nacional Indigenista que no sólo era dirigido casi siempre por antropólogos, sino que su plantilla incluía sobre todo antropólogos. Pero además en otras instituciones del Estado, como puede ser la Secretaría de la Reforma Agraria, solía haber trabajando muchos antropólogos de los cuales, y lo subrayo, varios ni siquiera se habían recibido de licenciados. Fue tanta la demanda durante determinados años que los jóvenes, aun sin concluir sus tesis, comenzaban a trabajar en estas instituciones del Estado mexicano sin necesidad de recibirse y menos de matricularse. No recuerdo que la cuestión de la matrícula aparezca como un problema prioritario en los antropólogos mexicanos, pero tal vez sea mi falta de información al respecto

Ahora bien, detrás de lo que ustedes me están preguntando está, supongo, la preocupación por las fuentes de trabajo, que también nos preocupaba tanto como a ustedes, pero sin que llegáramos a propuestas concretas, más allá de las lamentaciones de turno. Y, en este momento, en el caso de México, considero que en lugar de abrirse se han ido cerrando fuentes de trabajo y lo que va quedando es casi solo el ámbito académico. Lo cual no niega que a nivel personal se logren abrir ciertos espacios laborales. Pero la cuestión laboral y salarial preocupa actualmente en todos los contextos y especialmente en los EEUU, que es el país

que tiene el mayor número de antropólogos activos y donde la aplicación de criterios de flexibilidad laboral está llevando a situaciones que en Argentina no pasan ni por la imaginación, lo cual constituye para mí un problema de ética institucional, en un período en que la ética laboral es constantemente transgredida por los empresarios, incluidos los empresarios del saber. Me parece que estamos viviendo situaciones paradójales, dado que la cuestión ética y de los Derechos Humanos aparece planteada en todos lados, mientras asistimos a una constante violación de los principios éticos y de los Derechos Humanos. Y así desde hace años, e impulsada especialmente por instituciones norteamericanas, se plantea la necesidad de aplicar reglas éticas, especialmente en el trabajo de campo antropológico, o en el trabajo profesional médico. Y me parece bien que esto ocurra, siempre y cuando se apliquen realmente las premisas éticas y no sólo aparezcan como requisito formal a ser violado en las prácticas. En México, como en muchos países, se viene aplicando incipientemente el consentimiento informado en el trabajo antropológico, que incluye, por ejemplo, el consentimiento informado de las personas a las que entrevistamos en función del estudio que estamos realizando. Pero ocurre que, por ejemplo, la aplicación del programa de Planificación Familiar en varios países de América Latina evidenció que los profesionales médicos desarrollaban estrategias para obtener el consentimiento informado de sus pacientes (sobre todo mujeres) para llevar a cabo esterilizaciones de las mismas. Si bien estoy de acuerdo con la existencia y aplicación de normas éticas en el trabajo antropológico, temo, sin embargo, que sirvan para aumentar el control sobre nuestras formas de trabajo y que dichos controles se conviertan en controles normalizados. Temo que ocurra algo similar a lo que ha pasado con la “productivitis”, ya que mientras nosotros (mi generación) la vivimos como una imposición que implicó en su momento reacciones a la misma, las generaciones más jóvenes las asumen como un proceso normal.

Bueno ya me tengo que ir, porque me están esperando...

E: Última pregunta.

E.L.M.: Sí, pero mientras tanto me voy poniendo el saco...

E: ¿Que lo hace feliz o que lo hizo feliz de ser antropólogo? Suponiendo que es feliz siendo antropólogo.

E.L.M.: (*Se ríe*). No sé..., pero lo que puedo decirte al respecto no es sólo como antropólogo, sino como sujeto; a mí siempre me pone feliz cuando de golpe “descubro la pólvora”. Se los digo en serio. Y creo que es una de las cosas que quise decir ayer en mi conferencia y a lo mejor no lo dije. Es decir, descubrir por mi propia cuenta, ya sea a través de un trabajo de campo y/o de un trabajo básicamente reflexivo, ciertas cosas, que a lo mejor ya sabe todo el mundo y está escrito en todos lados, pero que de golpe “descubro” yo. Y entonces me doy cuenta del significado de ciertos procesos, de la existencia de posibles explicaciones, y no porque lo leí sino porque llegué a ellos por un trabajo mío. Por eso he sostenido insistentemente que si no me apropio de lo que leo, de lo

que veo, realmente no entiendo lo que veo ni lo que leo. Esto me suele ocurrir cuando analizo los materiales producidos en una investigación: es decir, una información que uno generó, que transcribió a fichas, que leyó, pero que al analizarla surgen otros aspectos que pueden ser muy distintos del dato fáctico obtenido. Es decir, es el goce de comprender. Y es por ello que considero que soy mejor analista que trabajador de campo; me considero un mediocre trabajador de campo y conozco varios compañeros que son brillantes en su trabajo de campo, por muchas razones que tienen que ver no sólo con la formación académica. Yo suelo conseguir buena información sobre ciertos aspectos, pero fallo en la obtención de otros. Eso lo tengo claro y creo que son cosas que cada uno debe saber de sí mismo. Sé que me molesta preguntar ciertas cosas y esa falta de convencimiento indudablemente se transmite al otro. Frecuentemente además, me ocurre que cuando ya obtuve la información que considero estratégica, me empiezo como aburrir, me cuesta mantener el diálogo. Sobre todo cada vez que inicio un trabajo de campo, me pregunto, qué derecho tengo yo a meterme con la vida de las personas que voy a entrevistar o a observar y, por más que encuentro argumentos metodológicos y sobre todo ideológicos, realmente en el fondo no me convengo a mí mismo. Pero ahora sí me voy, porque si no me van matar...

E: Gracias. Nos hubiéramos quedado horas...

E.L.M.: Tal vez porque soy muy charlatán. (Risas)

E: Muchas gracias.

